

## La velocidad de los libros viejos

Víctor Orozco

Maestro Emérito de la UACJ y

Miembro de la Academia Mexicana de la Historia

ORCID: 0000-0002-6178-0173

ESTAMOS ACOSTUMBRADOS, DESDE LA APARICIÓN Y DESARROLLO de la cibernética, a informarnos en tiempo real de cuándo ocurren los sucesos. Y tendemos a pensar que en el pasado este conocimiento no sólo llegaba de manera lenta, sino que su tránsito era exageradamente tardado, de tal suerte que cuando los lectores se enteraban, ya habían pasado múltiples acontecimientos que dejaban muy lejos y superado lo poco de lo cual se sabía. Esta idea sólo es parcialmente cierta, pues al menos desde mediados del siglo XIX, escritores, editores e impresores eran capaces de trabajar a velocidades vertiginosas, para dar cuenta de los hechos de mayor relevancia histórica.

Poseo como un gran tesoro dos libros que atestiguan este dicho. El primero, es una *Historia de la Revolución Francesa de 1848*, escrita por el muy conocido Alfonso de LaMartine, poeta, literato y político francés. El primer grueso e ilustrado tomo, salió a la luz en 1849, apenas un año después de la revolución iniciada en Francia y que abrasó a las principales capitales europeas.

El otro libro, al que me referiré con mayor detenimiento, es *La Comuna de París. Anales de la revolución francesa de 1871*, el famoso “Asalto al cielo”. Su autor Mr. Rigault, fue testigo presencial de los hechos y, en apretadas 379 páginas, da cuenta de cada suceso importante en la gesta heroica del pueblo parisino y de su guardia nacional. Fue escrito, editado y publicado el mismo año de 1871, pero no sólo eso, también se tradujo al español por D. Fernando Giménez, para la casa editorial de José Codina ubicada en Barcelona y con sucursales en Madrid y en La Habana. En ese mismo año, los lectores en español pudieron conocer de cerca este testimonio, complementado con una gran cantidad de documentos de la insurrección parisina, que a pesar de su derrota y del genocidio con el cual terminó, dejó una huella



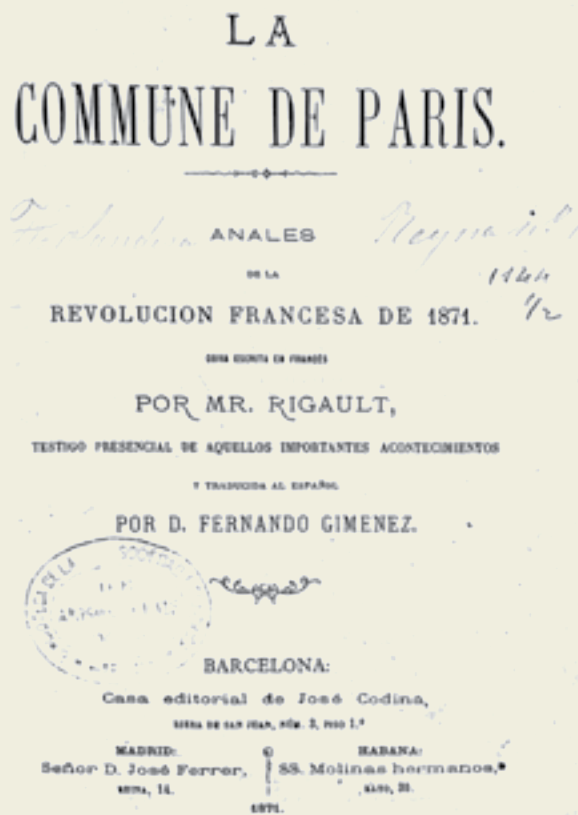
indeleble en la historia mundial. Compré este volumen hace tiempo, con los libreros de viejo de La Habana, en perfecto estado. En 1880 pertenecía a Alfredo Pérez Carrillo, según reza en dos líneas escritas a lápiz. Luego estaba en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País y quién sabe por cuántas manos más habrá pasado hasta llegar a las mías. Y sabe dios a cuántas manos más lo hará.

Una pregunta me asalta: ¿Será que la edición española es anterior a la francesa? Es una probabilidad, pues una vez aplastada la Comuna con sus decenas de miles caídos en combate o fusilados posteriormente, en las cárceles o en el exilio, se instaló un régimen represivo que difícilmente habría dejado pasar un libro como éste. En sus páginas, si bien el autor declara que no fue participante en los hechos y que hace críticas a varios actos de los federados, no oculta su ferviente simpatía por el pueblo de París y su guardia nacional, ni tampoco sus acusaciones

al gobierno de Versalles por sus monumentales engaños difundidos en la prensa así como por sus vilezas y ejecuciones criminales.

Al principio, pensé que el autor de esta especie de bitácora de la Comuna era Roaul Rigault, quien fue su jefe de policía y sujeto de varias biografías, notable por haber ordenado el fusilamiento de varios rehenes, entre otros el obispo de París y tal vez de Juan Bautista Jecker aquel agiotista quien cometió una gran estafa contra México. Sin embargo, Rigault el autor, da cuenta de estos hechos y de la propia muerte del comandante poli-

liciaco, al final de la rebelión. Ni en la portada ni en ninguna otra parte del libro se da otro nombre que Mr. Rigault y tampoco mis búsquedas me han entregado otros datos del personaje. Quizá es un pseudónimo para evitar la persecución. Si algún lector interesado sabe o puede investigar más, espero que nos informe.





Club de mujeres en París durante el sitio.

Otro elemento que sorprende por la premura con la que fue redactado y publicado este libro es el acompañamiento de dibujos ilustrativos de personas y sucesos. Abre uno de ellos con un grupo de mujeres quienes portan una gran bandera que lleva inscrita la leyenda *VIVA LA COMUNA*, mientras que atrás se mira el derrumbamiento de la columna imperial y monárquica en la plaza de la Vendome, llevada a cabo por una multitud enardecida. De paso, debemos recordar que miles de mujeres participaron en la revolución de muy diversas maneras, empuñando fusiles o acarreando municiones a las trincheras. También se miran en el dibujo las enormes llamaradas desprendidas de los edificios, incendiados —otra vez— por grupos de muje-

res quienes arrojaban las botellas con petróleo y luego los niños lanzaban el fósforo. Otro dibujo, lleno de detalles, lleva en su pie de página la leyenda: “Los comunistas de París quemando la guillotina en la plaza de Voltaire”. La siguiente ilustración muestra a varias mujeres de espaldas, sentadas en bancas y frente a ellas una mesa tras la cual otras dirigen la reunión, mientras una de ellas arriba del foro pronuncia un discurso, seguramente fogoso, por sus brazos extendidos. El artista lo tituló “Club de mujeres en París durante el sitio”. Las páginas del libro incluyen varios interesantísimos dibujos más, que no atiendo por falta de espacio.

La Comuna fue una genuina y fugaz revolución, pues apenas duró de

marzo a mayo de 1871. Fue encabezada por los batallones de la Guardia Nacional, quienes junto con la población, habían defendido a la ciudad durante el largo y cruel sitio al que fue sometida por los ejércitos prusianos. Estos milicianos se negaron a ser desarmados por el gobierno que firmó la paz con los alemanes, demandando el derecho a elegir a sus propias autoridades municipales. Ante el rechazo y la burla, sobrevino entonces la revolución, con su programa radical: baja o desaparición de alquileres, revocación del mandato a los funcionarios públicos, disminución de la jornada laboral, expropiaciones, organizaciones obreras, salarios iguales para trabajo igual, entre otras demandas. El gobierno de la burguesía se espantó y antes que pactar con los federados, como se les llamó, lo hizo con los enemigos extranjeros, cuyas fuerzas armadas se encontraban cerca de París. Los alemanes liberaron a los soldados franceses prisioneros de guerra y les proporcionaron armamento. Ciento cincuenta mil de ellos, ofuscados y manipulados por los ricos poderosos, el clero y los políticos, atacaron a la ciudad insurrecta.

El autor nos cuenta cómo entre los rebeldes estaban las muchedumbres hambrientas y los saqueadores, los esforzados guardias nacionales, jacobinos y toda la gama que desde la Gran Revolución de 1789 se llamaron “de izquierdas”. En unos cortos párrafos el autor resume las motivaciones de los nacionales o defensores de París:

La idea no muere nunca. Se transmite de hombre a hombre, de generación a generación, de siglo a siglo. ¡Y como combaten los defensores de la idea!

Firmes en sus convicciones, enérgicos y decididos, mueren sin exhalar una queja, se batan sin cometer un solo desmán.

Porque los crímenes cometidos en París, no deben ni pueden achacarse a los verdaderos defensores de la idea. Sus detractores les acusan, pero la hora de la justicia llega, y la verdad queda en su lugar.

Mirad: ¿Veis? Ahí están los afiliados de la Internacional. Esos hombres se batan sin ruido, sin escándalo, sin desmanes esos hombres se batan por una idea, no por una idea política, sino por una idea social.

Qué dice su bandera. “Libertad y trabajo, no más abusos del capital sobre el brazo que ejecuta y sobre la inteligencia que crea”.

Y si en aquellos momentos los Internacionales combaten por la comuna, no es porque están defendiendo su política, sino porque las ideas de ésta son los que pueden prestar apoyo y vigor a la idea social que representan.

Luchan solos, aislados, por su propia cuenta, con su bandera propia y bajo el mando de sus jefes naturales.

Más allá combaten los masones. Qué representan estos. Otra idea. El progreso humano en todas sus manifestaciones. El adelanto de la humanidad, su aspiración hacia un bienestar superior a lo existente.

Y tampoco estos hombre defienden la comuna porque se identifica con su idea política. Defiéndela porque es la única que puede darles un apoyo más





franco y decidido para la realización de su bello ideal.

Después están los hombres exaltados de la República, esos verdaderos rojos que en nada transigen, fanáticos por una idea más o menos acertada, pero que al fin es una idea.

Y en medio de aquel hervidero de hombres ideas, está el cieno, la escoria, la canalla soez y miserable que enarbolan todas las banderas que combate bajo todos ellos, si puede por un momento satisfacer sus brutales instintos.

Esta canalla en la que asesina, es la que saquea.

Los hombres de la idea, sea esa la que quiera, no cometen esa clase de crímenes

Su misión es más alta, y por ella combaten noblemente.

El registro de los hechos que hace el testigo presencial está teñido de lenguaje romántico y de la retórica que caracterizaron al siglo XIX, pero es puntual y exhaustivo. Sobre la Comuna de París, se ha publicado una copiosísima bibliografía. Este libro, por su parte, nos entrega una visión muy viva y fresca de la tragedia revolucionaria. Su lectura dice mucho sobre el anhelo milenario de los individuos para conocer los hechos en el momento en que tienen lugar. Al parecer, las actuales generaciones hemos alcanzado la aspiración, aunque, como podemos ver en el ejemplo narrado, la de hace siglo y medio no se quedaba muy atrás.

